

El Cristal Sucio y el Justo

Juicio...

Cómo Proteger a la iglesia de Nuestras Propias Suposiciones.

Por Luis Felipe Torres Muñoz - Derechos Reservados 2026

Texto Clave: **Juan 7:24** «No juzguéis según las apariencias, sino juzgad con justo juicio».

Analogía

Imagina a un hombre que todos los días se sentaba junto a la ventana de su sala a tomar café. Al mirar hacia el patio de su vecino, veía la ropa tendida al sol y siempre comentaba con su familia: «¡Qué sucia está esa ropa! Ese vecino nuestro no sabe lavar, o quizás usa un jabón de muy mala calidad». Día tras día, el hombre criticaba la ropa amarillenta y manchada del vecino. Hasta que una mañana, el hombre se levantó, miró por la ventana y, asombrado, vio que la ropa del vecino estaba resplandeciente, blanca e impecable. «¡Al fin aprendió a lavar!», exclamó orgulloso. Su esposa, que pasaba por allí, sonrió y le dijo: «No, querido. El vecino siempre ha lavado bien. Lo que pasa es que esta mañana me levanté temprano y limpié los cristales de nuestra ventana».

Amados hermanos, en la iglesia del Señor, muchas veces la mancha que vemos en el carácter, en las intenciones o en la comunión de nuestros hermanos, no está en ellos, sino en el cristal sucio de nuestros propios prejuicios a través del cual los estamos mirando.

Introducción

La gracia y la paz de nuestro Señor Jesucristo sean con todos vosotros, Su iglesia amada, comprada a precio de sangre. En el cristianismo del primer siglo, la iglesia era una familia unida por la verdad del evangelio. Sin embargo, no estaban exentos de desacuerdos. Hoy en día, como humanos, seguimos enfrentando el mismo desafío: ¿Qué hacemos cuando no estamos de acuerdo con el pensamiento o la conclusión doctrinal de un hermano?

Lamentablemente, la lógica caída del mundo nos enseña un camino destructivo (una falacia que en la lógica llamamos argumento **ad hominem**): **Si no puedo debatir la idea, entonces ataco a la persona.** Si dos hermanos enseñan algo con lo que difiero, la carne nos tienta a no verlos como siervos de Dios estudiando la Palabra, sino a ponerles etiquetas mundanas, viéndolos como miembros de un «bando» o de una alianza con malas intenciones.

El apóstol Juan, bajo la inspiración del Espíritu Santo, nos dejó un mandato directo de los labios de Cristo: «*No juzguéis según las apariencias, sino juzgad con justo juicio*» (**Juan 7:24**, ^{RVR1960}). Hoy, a la luz de las Escrituras, aprenderemos cómo evitar el pecado del juicio temerario, cómo manejar nuestras diferencias doctrinales sin destruir la hermandad, y cómo purificar el vocabulario con el que nos referimos al pueblo de Dios.

I. La Raíz del Prejuicio: El Peligro de Asumir Intenciones.

Cuando no estamos de acuerdo con alguien, es muy fácil dejar que nuestras emociones empañen nuestra exégesis (nuestra lectura objetiva de la realidad).

A. El tribunal de nuestra mente:

A menudo establecemos tribunales en nuestra mente donde somos juez, jurado y verdugo. Vemos a dos hermanos compartiendo tiempo, trabajando juntos o coincidiendo en una enseñanza, y si no simpatizamos con esa enseñanza, nuestra mente carnal asume que están tramando algo malo o que tienen intenciones ocultas.

1. «*Todos los caminos del hombre son limpios en su propia opinión; Pero Jehová pesa los espíritus*» (**Proverbios 16:2**).

2. Dios es el único exégeta del corazón humano (1 Samuel 16:7). Cuando asumimos los motivos de un hermano sin pruebas evidentes, estamos usurpando el trono que le pertenece solo al Señor.

B. La diferencia entre examinar y condenar:

El griego koiné usa la palabra *krino* para «juzgar», la cual implica separar, distinguir o evaluar. Dios quiere que evaluemos la doctrina: «*Examinadlo todo; retened lo bueno*» (1 Tesalonicenses 5:21). Pero una cosa es examinar una enseñanza comparándola con la Biblia, y otra muy distinta es condenar el carácter de quienes la exponen, asignándoles motivaciones perversas simplemente porque coinciden entre ellos.

II. El Veneno de las Etiquetas: Nuestras Palabras Importan.

Hermanos, el lenguaje que usamos revela el estado de nuestro corazón. En el mundo de las tinieblas, cuando dos personas se unen para hacer lo malo, se les llama cómplices, secuaces, compinches o aliados en el mal. Pero en el Reino de la Luz, cuando los hermanos caminan juntos, se llama comunión.

A. El pecado de la murmuración y la difamación.

Descalificar a hermanos usando términos seculares y despectivos porque no concuerdan con nuestra interpretación es un ataque directo al cuerpo de Cristo.

1. «*Hermanos, no murmuréis los unos de los otros. El que murmura del hermano y juzga a su hermano, murmura de la ley y juzga a la ley...*» (Santiago 4:11).
2. La murmuración (*katalalia* en griego) es hablar en contra de alguien para rebajar su reputación. Cuando tachamos la cercanía de dos hermanos como una «alianza carnal», estamos pecando de difamación.

B. La severidad del juicio sobre nuestras palabras.

Las palabras no se las lleva el viento; se las lleva Dios en Sus registros.

1. «Mas yo os digo que de toda palabra ociosa¹ que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio» (**Mateo 12:36**).
2. Antes de poner una etiqueta negativa a un hermano o a un grupo de hermanos, debemos preguntarnos: ¿Estoy hablando verdad basada en hechos bíblicos comprobables, o estoy repitiendo mi propio descontento emocional?

III. El Patrón del Nuevo Testamento: Juzgando con «Justo Juicio».

Si el Señor nos prohíbe juzgar según las apariencias (**Juan 7:24**), ¿cómo se ve el «justo juicio» en la práctica dentro de la Iglesia?

A. La Verdad se defiende con las Escrituras, no con ataques personales.

Si un hermano enseña algo que consideramos un error, el cristianismo primitivo nos muestra el camino: abrimos la Biblia y lo escudriñamos.

1. Como los de Berea: «escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así» (**Hechos 17:11**). Ellos no atacaron a Pablo ni a Silas; atacaron el texto sagrado para buscar la verdad.
2. Si difieres de tu hermano, debate la idea, presenta texto y contexto. Pero nunca asumas que él actúa por malicia.

B. El amor que cree y espera lo mejor.

1. «El amor... no hace sinrazón, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta» (**1 Corintios 13:4-7**).
2. Amar a los hermanos significa que, hasta que haya evidencia bíblica sólida de lo contrario, asumo la mejor intención en ellos. No creo suposiciones, no espero su caída.

¹ **argos** (ἀργός, 692), denota inactivo, desocupado, ocioso, estéril, sin fruto (a, negativo, y ergon, trabajo; cf. el verbo katargeo, reducir a la inactividad: véase ABOLIR). Se usa: (a) literalmente (Mt 20.3,6; 1 Ti 5.13, dos veces: «ociosas»; Tit 1.12: «ociosos»; 2 P 1.8: «ociosos»); (b) metafóricamente en el sentido de ineficaz, carente de valor, como de una palabra (Mt 12.36); de la fe no acompañada por obras (Stg 2.20, algunos mss. tienen nekra, muerta). Vine, W. E. (1999). En Vine diccionario expositivo de palabras del Antiguo y del Nuevo Testamento exhaustivo (electronic ed.). Editorial Caribe.

Aplicaciones Prácticas para la Iglesia de Hoy

1. **Limpia el cristal de tu propia ventana:** Antes de emitir una opinión sobre las intenciones de otros hermanos, revisa tu propio corazón. ¿Estás molesto porque no te dieron la razón? ¿Tu ego está herido? Pídele a Dios que te ayude a ver a tus hermanos a través de los lentes de Su amor y Su verdad.
2. **Separa el mensaje del mensajero:** Puedes rechazar firmemente una interpretación doctrinal basándote en la sana hermenéutica bíblica, manteniendo al mismo tiempo un profundo respeto, honor y amor por los hermanos que la proponen.
3. **Filtra tu vocabulario:** Elimina de tu boca palabras que deshonren a la iglesia. Si dos hermanos andan juntos, son compañeros de milicia, son hermanos en la fe. No uses el lenguaje del mundo para describir las relaciones del Reino.

Preguntas de Reflexión (Para confrontar el corazón)

1. Cuando escuchas una enseñanza con la que no estás de acuerdo, ¿tu primer impulso es ir a la Biblia para estudiarla, o ir a otros hermanos para criticar a quien la enseñó?
2. ¿Alguna vez has difamado la reputación de siervos de Dios simplemente porque tienen una amistad estrecha o porque coinciden en ideas distintas a las tuyas?
3. Si Dios proyectara en una pantalla las palabras con las que te refieres a tus hermanos cuando ellos no están presentes, ¿te sentirías avergonzado frente a la congregación, o la iglesia sería edificada?

Conclusión

Amada Iglesia del Señor, somos el cuerpo de Cristo. No permitamos que el Enemigo use nuestras diferencias de pensamiento para plantar sospechas, prejuicios y etiquetas carnales entre nosotros. Que nuestra defensa de la sana doctrina nunca nos cueste nuestro carácter cristiano. Defendamos la verdad con firmeza, estudiando diligentemente las Escrituras, pero amemos a nuestros hermanos entrañablemente, con corazón puro (**1 Pedro 1:22**).

Que cuando el mundo nos mire, no vea a un grupo de personas sospechando los unos de los otros y lanzando acusaciones sin fundamento, sino que vea lo que Cristo prometió: «*En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros*» (**Juan 13:35**). Amen.